

llegó al reino del Ponto, agregó á la antigua legión que allí existía, los restos de las de Domicio desechas por Farnaces, alcanzó á este cerca de la ciudad de Zelia, lo desbarató en una sola batalla y prosiguió su camino hácia Roma, diciendo:

—¡Dichoso Pompeyo! ¡Hé aquí los enemigos cuyas derrotas te han valido el sobrenombre de Grande!

Las tres palabras siguientes, que cuentan toda su campaña contra Farnaces, le habian precedido al Capitolio:

—¡Veni, vidi, vinci!

Al llegar á Roma supo que Cleopatra acababa de dar á luz un hijo, á quien *los pueblos* daban el nombre de *Cesarion*.....

XVII

Roma necesitaba mucho la presencia de César, y era ya tiempo que el vencedor de Farsalia regresara á aquella capital.

Se le criticaba por haber pasado nueve meses en Egipto, y la victoria sobre Farnaces despues de una campaña de cinco días y cinco horas de combate, no podía hacer que le perdonaran lo de Cleopatra.

En efecto, César no tenia mas que entregar á Cleopatra, y en seis semanas daba fin á la guerra.

Pero ni se le habia ocurrido tan cobarde pensamiento. Además, como él mismo lo dice, fué retenido por mas de tres meses por los vientos del Estío. Tambien se le reprochaba de haber entrado en Alejandria con tres mil y doscientos hombres.

Pero César contaba con el prestigio de su nombre; César no tenia mas que su nombre, cuando al pasar de Europa á Asia en un solo buque, se encontró con

la escuadra pompeyana capitaneada por Casio, y esta á su primera intimacion se entregó á él.

—¿Quién podia creer, dice Michelet, que los mosquitos del Norte se atreverian á atacar al vencedor de las Galias?

Mas cualesquiera que fueran los obstáculos que habian entorpecido el regreso de César á Roma, esta capital se hallaba revuelta por dos hombres, Antonio y Dolabela. El primero era gefe de la caballería y el segundo tribuno del pueblo.

Estos, irritando á los lugartenientes de Alejandro, cuando este emprendió su expedicion á la India, pensaron sin duda que César no volveria mas.

Sobre todo, Antonio, con sus locuras, hacia el preludio del vértigo que cien años despues debia hacer volver la cabeza á los emperadores. En Roma no se hablaba mas que de las locuras de Marco Antonio.

Desde que le hemos perdido de vista, habia atravesado su pensamiento una idea rara: la de creer que era hijo de Hércules.

Se fundaba en una antigua tradicion que manifestaba que los Antonios descendian de los Heráclidas, cuya estirpe era Anton hijo de Hércules.

Pero todo esto se parecia á los Augures de que habla Ciceron, los que no podian mirarse cara á cara sin reirse.

Antonio habia pasado cinco ó seis años despues

de las noticias que se habian esparcido sobre sus relaciones con Curion. Su barba habia crecido y se habia vuelto negra, su frente se habia dilatado, la nariz aguileña habia contraido la curva de la del dios de los doce trabajos, y tenia fuerza colosal.

No bastaba eso para ser realmente de familia de Hércules, pero era suficiente para que nadie le disputara frente á frente tal parentesco.

Ademas, hacia cuanto podia para parecerse al número por el trage como le asemejaba por las facciones: cada vez que habia de presentarse en público, ceñia su túnica muy baja; llevaba una larga espada, cubria su trage con una capa burda, luchaba en el campo de Marte con el primero que se presentaba; vestido, sudando y cubierto de polvo se arrojaba al Tiber, atravesaba este rio á nado, era muy jactancioso y deprimia á los demas; bebia y comia en público, á la puerta de las tabernas, con sus capitanes, sus oficiales y hasta con sus soldados; tenia intrigas amorosas extravagantes y en gran número; pasaba las noches en casas de mala nota; se retiraba por las madrugadas, de aquellas casas, en el estado de completa embriaguez; teniendo las náuceas que resultan de semejante estado, vomitaba en medio de la calle, en donde le tapaba con su capa algun amigo suyo; frecuentaba mimos é histriones, y particularmente á Sergio que gozaba sobre él del mayor ascendiente;

se paseaba por las calles de Roma con la cortesana Citeris, en un carro tirado por dos leones uncidos; cuando marchaban á provineias, disponia que llevaran en su acompañamiento á la espresada mujer á quien llevaban en una lujosa litera, tributándole iguales honores que á la madre de Antonio; traia consigo para su mesa, cantidades enormes de vajillas de oro y plata que hubieran lucido en las pompas triunfales; escogiendo en las ciudades por donde transitaba las casas de las matronas las mas respetables para alojar en ellas sus bailarines y sus tocadores de harpa, y todo esto mientras que César dormia en un campamento envuelto en su capa y en el mero suelo, sumergia á Ptolomeo en el Nilo ó derrotaba á Farnaces en el Ponto.

Con todo, Antonio era muy generoso y bueno, era hasta pródigo. Un dia dió orden á su mayordomo contare doscientas cincuenta mil dracmas á un amigo suyo. Los contó el mayordomo, pero en lugar de dárselos al interesado, los derramó en el suelo en el momento en que iba Antonio á pasar.

—¿Qué es eso? preguntó Antonio al ver tanto dinero esparcido en el suelo.

—Es lo que me has mandado contar á tu amigo, contestó el mayordomo, esperando que al ver lo crecido de la suma revocaria la orden.

Pero conoció Antonio su intencion, y exclamó:

—¡Cómo! Doscientas cincuenta mil dracmas no abultan mas que eso? Entonces dobla la cantidad.

Y el amigo recibió quinientas mil dracmas en lugar de doscientas cincuenta mil.

A su frente se hallaba Dolabela, tribuno del pueblo, marido de aquella poética figura de Tulia, que murió tan jóven y al mismo tiempo que la república romana, y por consiguiente yerno de Marco Tulio Ciceron.

Dolabela, acribillado de deudas, proponia lo que habian propuesto Rulo, Clodio y Celio. Este Celio, hombre de talento que queria tener un convidado aun cuando este le llevase la contraria en la mesa, con tal de no comer solo, y quien con Milon habia ido á Calabria á buscar la muerte.—Dolabela proponia la abolicion de las deudas.

Esta era la proposicion de los que trataban de hacerse populares.

¿Comprendeis á Dolabela, socialista desenfrenado y yerno del conservador Ciceron? Por este motivo Dolabela estaba mal con su suegro, primeramente por sus opiniones políticas; pero mas que todo por su conducta licenciosa. Y adviértase que la malograda Tulia estaba loca de amor por su marido. Esto fué causa de su muerte.

Véamos lo que Ciceron, enojado con su hermano

Quinto, con su sobrino, y próximo á enojarse con su mujer, escribe á Atico:

“En cuanto al testamento, te lo repito, que lo pongas en manos seguras. Piénsalo bien, y mi hija, pobre desgraciada niña, con su insensato amor! Eso es lo que me desgarrá el corazón. Nunca mujer tuvo destino tan desgraciado.”

En otra carta dice:

“Piensa en aquella desdichada, te lo ruego. Es preciso, conforme ya te lo he dicho, que vendas algo para ponerla al abrigo de la necesidad. ¿Habrias tú creído eso de su marido? En vista de hechos tan detestables, lo mejor es el divorcio. Al menos esto sería una señal de vida. La proposición de abolición de deudas, aquellas violaciones de domicilios, la intriga con Metelo, todos aquellos escándalos. Esto es mas de lo que se necesita.”

En cuanto á la situación de César, hé aquí el modo de pensar de Ciceron. También escribe á Atico:

“Las noticias de Africa son muy diferentes de las que me remites. Se dice que el ejército es numeroso y fuerte. Además, España se destaca, Italia se declara, las legiones han perdido en número, y ya no tienen el mismo espíritu. Roma está en el caos.”

Se ve que teníamos razón cuando decíamos que ya era tiempo que César volviera á Roma.

Y también eso explica por qué Ciceron no era del todo Cesariano.

XVIII

Antes del regreso del vencedor de Pompeyo, Antonio y Dolabela habían estado por un momento á punto de entenderse sobre un asunto que les convenia bastante á ambos, á saber: la abolición de las deudas; pero Antonio sospechó una cosa de Dolabela, esto es, que era el amante de su mujer.

Empezó por repudiar á esta, y despues, como Dolabela, para hacer promulgar la ley, se hubiese apoderado del Forum á la fuerza, y el Senado hubiese espedido un decreto mandando tomar las armas contra él, fué, lleno de cólera y odio, á atacar en la plaza pública al que consideraba su rival, matándole porción de gente y perdiendo él también algunos hombres.

Aquello despopularizó algo al descendiente de Hércules.

Ademas, Antonio, enagenándose la voluntad del pueblo, habia hallado modo de grangearse enemigos entre la nobleza.

Habíase sacado á pública subasta la casa de Pompeyo,—como se ve, no se habia perdido tiempo,—y Antonio la habia comprado, pues compraba siempre.

Pero cuando fué cuestion de pagar, Antonio llevó muy á mal que se le reclamase el precio de aquella finca, que, segun decia, habia ganado sobradamente en Farsalia; declarando que si así se recompensaban sus servicios no seguiria á César á Africa.

Lo que, sobre todo, lo exasperó fué, que como no verificaba dicho pago, se acabó por expropiarlo, adjudicándose la casa á Cornificio.

Este no la halló bastante grande ni hermosa para él, la hizo derribar y en su lugar empezó á construir otra.

En fin, los romanos estaban indignados de todas aquellas prodigalidades, de todas aquellas bacanales, de todas aquellas borracheras.

César llegó.

A su solo aspecto todo volvió á entrar en orden; Dolabela guardó sus proyectos de abolicion de deudas, Antonio dejó de hacer locuras y Cornificio se apresuró á terminar su casa.

César perdonó á Dolabela por consideracion á su suegro Ciceron.

Antonio, por su parte, que esperaba ser nombrado cónsul al par suyo, tuvo que renunciar á aquella esperanza.

César fué nombrado cónsul por tercera vez, y se hizo dar por colega á Lépido.

Hé ahí cómo este hombre, bastante mediocre, fué subiendo poco á poco hasta llegar á ser compañero de Antonio y Octavio en el segundo triunvirato.

César hizo aun mas: llamó á Antonio y le echó tal reprimenda sobro sus desórdenes, que este, para probar su arrepentimiento, resolvió casarse otra vez.

César se encogió de hombros.

—Antonio, dijo, es el hombre de los extremos.

Antonio, en efecto, volvió á casarse, y lo hizo, segun manifestamos en otro lugar, con Fulvia, viuda de Clodio, á la cual hemos visto llamando á los romanos á las armas, cuando la muerte de su primer marido, á la luz de las antorchas que incendiaban un barrio de Roma.

“Fulvia, dice Plutarco, era una mujer poco á propósito para las tareas y los cuidados domésticos, y cuya ambicion no se hubiera lisonjeado con dirigir á un marido simple particular; aspiraba á dominar á un hombre que mandase á los demas; dar órdenes á un general de ejército. Así, pues, Cleopatra debió

agradecerle las lecciones de docilidad que había recibido Antonio, pues ella fué quien se lo entregó tan suave y tan sumiso á las voluntades femeniles.”

Perdonado Dolabela, morigerado Cornificio y sermoneado y casado Antonio, César se volvió hácia sus soldados.

Una legion se habia sublevado, matando á dos personajes pretorianos: Casonio y Galba.

César habia enviado los rebeldes á la Campania, con órden de estar listos para pasar á Africa.

Llegado el momento de partir les mandó embarcarse; pero como se les debian algunas pagas, los soldados en vez de obedecer, se amotinaron y marcharon hácia Roma.

En vez, César, de mandar á su encuentro otros soldados, que hubieran podido seguir su ejemplo, los esperó tranquilamente, y cuando estuvieron en los arrabales de Roma se fué derecho á ellos.

César tenia la costumbre de llamar á sus hombres: mis amigos, mis compañeros, ó soldados.

—Ciudadanos!..... les dijo.

A aquella sola palabra, que les indicaba que no eran ya los amigos ni los compañeros de César, y que hasta los despojaba del título de soldados, se quedaron aterrados.

—Ciudadanos, dijo César, vuestra reclamacion es justa; contais cinco años de fatigas y de heridas, y

os desligo de vuestros juramentos. Los que hayan terminado su tiempo serán pagados hasta el último sestercio.

Entonces todos aquellos hombres amotinados y amenazadores, pasaron de la amenaza al ruego, cayendo de rodillas, juntando las manos y suplicando á César que les permitiese estar á su lado.

César fué inflexible; les designó tierras, si bien separadas unas de otras *, les pagó una parte del dinero que se les debia y se comprometió á satisfacerles el resto con los intereses.

Pero ellos se obstinaron en seguirlo, y cualquiera que fuese su resolucion, volviendo á hallarlos á la orilla del mar y oyéndolos decir que pasarían por España si era preciso para acompañarlo á Africa, acabó por perdonarlos:

Sin embargo, César habia comprendido que habia algo de justo en la reclamacion de sus soldados.

* La Harpe, uno de los traductores de Suetonio, no comprende absolutamente esa asignacion de tierras mencionada en todos los historiadores de aquel tiempo y particularmente en Suetonio.

“Esa frase, dice, es bastante difícil de comprender; á menos de suponer que una parte de Italia no perteneciese á nadie, ¿cómo dar tierras á los soldados sin despojar de ellas á los propietarios?”

La Harpe ignoraba la division de las tierras conquistadas de que hemos dado en otro lugar una larga explicacion al hablar de la ley agraria propuesta por César. Las tierras divididas entre los soldados eran tomadas del *ager público*.

Se les debían cerca de dos años de sueldo.

Todos los conquistadores han tenido cuentas por el estilo que arreglar con sus legiones.

Sin duda se recordará la revista pasada á los veteranos del Imperio por el Sr. duque de Berry.

Una de las quejas que segun él debían tener los soldados del emperador, era la irregularidad de las pagas.

—En fin, dijo el príncipe terminando su discurso, llegó á deberos hasta el prest de dos años.

—Y si nosotros teníamos gusto en fiarle, contestó uno de los viejos, ¿qué teneis vos que ver con ello?

Pero Napoleon no estaba ya allí.

Aquellos mismos hombres que se complacian en fiarle cuando estaba relegado en la isla de Elba ó prisionero en Santa Elena, murmuraban á veces como los soldados de César en tiempo de su omnipotencia cuando la paga se hacia esperar.

César, pues, resolvió saldar sus cuentas.

Dió á sus veteranos, ademas de dos grandes sestercios (ochenta pesos) veinticuatro mil sestercios por cabeza (ochocientos pesos) repartiéndoles las tierras mencionadas.

Luego le tocó la vez al pueblo.

Distribuyó á cada individuo diez medidas de trigo y diez libras de aceite.

Y como hacia un año que habia hecho aquella promesa, añadió cien sestercios por los intereses.

Ademas, rebajó el alquiler de las casas en Roma hasta dos mil sestercios, y en el resto de Italia hasta quinientos.

En fin, á todos aquellos dones añadió un festin público y una distribucion de carne.

XIX

Se estrañaba que, teniendo César tantas cosas que hacer en Africa, permaneciese en Roma.

Era que tenia que recibir á Cleopatra y hacer condenar á Ligario.

Quinto Ligario habia peleado contra él, y desmintiendo todos sus hábitos de misericordia, César queria hacerlo condenar.

Se necesitaba un acusador.

Un acusador era mas fácil de hallar que un defensor.

Tuberon acusó.

Ligario suplicó á Ciceron que se encargase de su defensa y Ciceron aceptó.

A propósito, digamos cómo habia vuelto Ciceron á Roma y lo que habia pasado entre él y César.

El gran orador se hallaba en Brindis, siempre ti-

tubeando y pidiendo consejo á todo el mundo. Cuando supo que César habia desembarcado en Tarento y se dirigia por tierra á Brindis, le salió al encuentro, seguro de calmarlo; pero avergonzado, sin embargo, de tener que sufrir delante de tanta gente, lo que tuviese á bien disponer un enemigo vencedor. Mas apenas lo vió César en el camino, se apeó del caballo, lo abrazó, y durante varios estadios no habló sino con él.

A pesar de aquel buen comportamiento de parte de César, no por eso dejó de aceptar Ciceron la defensa de Ligario.

Cuando César lo supo, exclamó:

—Ah! me alegro en extremo.

Y volviéndose á los que le rodeaban:

—Y vosotros tambien, ¿no es verdad? añadió. Oiremos á Ciceron despues de tanto tiempo como hemos estado privados de ese placer.

—Pero, ¿y Ligario? le preguntaron sus amigos.

—Ligario, contestó César, es un mal hombre que será condenado, aunque lo defienda el mismo Apolo.

Sin embargo, llegado el dia de la defensa, Ciceron tomó la palabra y habló tan admirablemente, que César no pudo menos de aplaudir en ciertos pasajes y cambiar de color en otros: cuando el orador llegó á la batalla de Farsalia, se vió César poseido de tal

emoion, que dejó caer los papeles que tenia en la mano.

“En fin, dice Plutarco, vencido por la elocuencia de Ciceron, César absolvió á Ligario.”

Lo que vamos á decir es bastante estraño, pero creemos que Plutarco se engaña respecto á esa absolucion.

Ligario no fué condenado á muerte, es verdad; pero toda la elocuencia de Ciceron no pudo impedir que saliese desterrado.

La prueba de nuestro aserto la hallamos en la siguiente carta de Ciceron á Ligario:

“Roma, año 708, Setiembre.

“Mi amistad debe consuelos y consejos á vuestras desgracias. Si no os he escrito hasta ahora, es porque buscaba, en vano, palabras con que dulcificar vuestros males, y secretos para curarlos. Hoy tengo mas de un motivo para creer que pronto nos seréis devuelto y no puedo menos que hablaros de mis esperanzas y mis deseos. César no seguirá mostrándose riguroso; lo adivino y lo veo; la naturaleza de los agravios, el tiempo, la opinion pública y hasta su propio carácter, todo contribuye á inspirarle cada dia mayor moderacion. Tengo esa conviccion respecto de los demas, y por lo que hace á vos, sus ami-

ges mas íntimos me lo aseguran. Desde las primeras noticias llegadas de Africa, no ceso de acosarlo de concierto con vuestros hermanos. Su valor, su virtud, su incomparable ternura y su constante actividad, han obrado de tal modo en el ánimo de César, que estoy seguro que no puede negarles nada.”

El resto de la carta es una paráfrasis de la moderacion y clemencia de César.

Mas no por no haber conseguido Ciceron hacer absolver completamente á Ligario dejó de ser excelente su discurso (mucho mas feliz indudablemente que el que habia pronunciado defendiendo á Milon.)

Terminado aquel asunto, César volvió los ojos hácia Brindis. Cleopatra, que mas tarde debia causar tanto miedo á Horacio, acababa de desembarcar allí con su marido de once años.

César recibió á ambos en su palacio, y mientras guardaba cuidadosamente á Arsinoe para el triunfo, les dió fiestas magníficas, los hizo admitir en el número de los amigos del pueblo romano, y habiendo erigido un templo á Vénus Victoriosa en recuerdo de Farsalia, hizo hacer una estatua de oro de Cleopatra y la colocó en el templo en frente de la de la diosa.

Aquellos honores á la reina de Egipto desagradaron mucho al pueblo romano; pero César sabia que

podía atreverse á todo, y el vértigo se apoderaba de él.

Al fin Cleopatra volvió á Egipto, sin lo cual, enlazado en las vueltas de la serpiente del Nilo, como César la llamaba, no hubiera él nunca salido de Roma.

El Africa se mantenía en favor de Pompeyo.

Volvamos á Caton, al cual hemos olvidado algo desde el día en que lo vimos entrar llorando en Dirraquium despues de la matanza de los prisioneros.

Solo hemos dicho que Pompeyo le tenía miedo y que lo habia dejado en aquella ciudad guardando los equipajes.

Despues de la derrota de Farsalia, Caton se habia propuesto lo siguiente:

Si Pompeyo moria, conduciria á Italia las tropas que tenía consigo y despues huiria él, para ir á vivir lo mas lejos posible de la tiranía.—Lo que él llamaba la tiranía no era precisamente esta, sino el gobierno de César, por mas suave que fuese.

Si Pompeyo vivia, iria á reunirse con él donde quiera que se hallase.

Ignorando aún lo que habia sucedido en Egipto, pero sabiendo ya que Pompeyo habia sido visto en las costas de Asia, pasó á Corcira, donde estaba la esquadra. Allí halló á Ciceron y quiso cederle el mando.

Ciceron era consular y él no era mas que pretor y Caton solo conocia la ley.

Pero Ciceron se negó á admitir, resuelto como estaba ya á hacer las paces con el vencedor.

Conjeturando que Pompeyo, por el camino que seguia, se retiraria á Egipto ó á Africa, y deseoso de alcanzarlo, Caton se embarcó con todos los soldados que habia en Corcira. Sin embargo, antes de darse á la vela dejó á cada uno en libertad de volver á Italia ó acompañarlo.

Llegado á Africa encontró orillando la costa al jóven Sexto Pompeyo, el mismo que habia sido amante de Cleopatra, y que mas tarde debia formarse una reputacion restableciendo la piratería destruida por su padre.

Por él supo el desdichado fin de Pompeyo el Grande.

Entonces no hubo uno de los que le acompañaban que sabiendo que Pompeyo habia muerto quisiese seguir á otro gefe que á él.

Caton no quiso dejar á todos aquellos hombres solos y sin auxilios, en una tierra extranjera. Aceptó, pues, el mando y fué á desembarcar en Cirene.

Poco tiempo antes los habitantes de aquella ciudad habian cerrado sus puertas á Labieno; pero lo que se negaba á Labieno se concedia á Caton.

Este fué recibido en Cirene.

Allí esperó noticias, las cuales no se hicieron esperar.

XX

En breve supo que Scipion, suegro de Pompeyo, habia pasado á Africa y sido admirablemente recibido en Certa por el rey númera Juba.

Attio Varo, á quien Pompeyo habia dado el gobierno de Africa, lo habia precedido allí con su ejército.

Caton resolvió ir á reunirse con ellos y como era pleno invierno hacer el viaje por tierra. Cargó de agua crecido número de asnos, y se puso en camino con una porción de carros y un bagaje considerable.

Llevaba consigo varios encantadores de serpientes que curaban las mordeduras de las mas venenosas chupando las heridas con la boca.

El viaje duró siete dias.

Durante ellos Caton se mantuvo constantemente

al frente de los soldados, yendo siempre á pié y comiendo sentado, pues desde la batalla de Farsalia habia hecho voto de no acostarse sino para dormir.

Caton pasó en Africa aquél invierno. Durante él luchaba César en Alejandría con los egipcios de Ptolomeo.

Si Caton, Varo y Scipion se hubiesen unido con sus treinta mil hombres á los soldados del rey de Egipto, ¿qué hubiera sido de César?.....

Pero no; Varo y Scipion perdian el tiempo en vanas disputas en la corte de Juba, y aquel reyezuelo númera se aprovechaba de sus disensiones para prosperar á sus piés dos de los nombres mas grandes de Roma.

Caton llegó á la antigua Cirta, la Constantina de hoy, y pidió audiencia á Juba.

Juba concedió la audiencia, pero preparó tres asientos; uno para Scipion, otro para Caton y otro para él; aquéllos á los lados y el suyo en medio.

Pero Caton no era hombre que tolerase semejantes impertinencias á un reyezuelo de Africa.

Cuando se vió en la audiencia, cojió el asiento que le estaba destinado y lo colocó al lado de Scipion, de modo que este y no Juba fué el personaje importante de la conferencia. Sin embargo, Scipion era enemigo de Caton, tanto que habia escrito contra él un libelo lleno de injurias.

Caton hizo mas aún: reconcilió á Scipion y Varo, haciéndoles comprender el gran daño que sus disensiones ocasionaban al partido que defendian.

Terminadas aquellas querellas todos confirieron de comun acuerdo el mandó en gefe á Catón; pero este era demasiado estricto observador de la ley para aceptarlo. No era mas que propetor, y Scipion habia sido procónsul; ademas, el nombre de Scipion, popular en Africa, inspiraba la mayor confianza á los soldados, pues segun decian, un oráculo afirmaba que un Scipion seria siempre vencedor en aquel país.

Scipion, pues, tomó el mando del ejército. Desgraciadamente desde la primera orden que dió se puso en oposicion con Caton.

Utica y Cirta eran rivales; ademas, Utica habia abrazado abiertamente el partido de César.

Scipion, por satisfacer su odio, pero sobre todo por complacer á Juba, habia resuelto hacer degollar á todos los habitantes de Utica, sin distincion de edad ni sexo, y arrasar la ciudad hasta sus cimientos.

Caton se alzó en pleno consejo contra aquella violencia, declarándose protector de la ciudad condenada y pidiendo ser nombrado gobernador de ella á fin de que hubiese la seguridad de que mientras él viviese no se entregaria á César.

Utica era una ciudad de grandes recursos para el que la ocupase. Caton añadió nuevas fortificaciones

á las que ya tenia, reparó las murallas, aumentó la altura de las torres, abrió todo al rededor un profundo foso, provisto de fuertes, en los cuales encerró, despues de desarmada, toda la juventud de la ciudad, cuyas opiniones cesarianas eran conocidas, no dejó salir fuera de los muros á ninguno de los demas habitantes, é hizo un acopio inmenso de provisiones, á fin de que aquella plaza, hostil en otro tiempo, sumisa y resignada entonces llegase á ser el almacén del ejército.

Despues, como se esperaba á César de un momento á otro, dió á Scipion el mismo consejo que habia dado á Pompeyo, esto es, que no presentase batalla á un enemigo valeroso y esperto, sino que hiciese languidecer la guerra, esperándolo todo del tiempo.

Scipion despreció el consejo, y al salir de la habitacion en que habia tenido lugar la conferencia, murmuró al oido de sus amigos:

—Decididamente, Caton es un cobarde!

Despues le escribió lo siguiente:

“¿No te basta, oh prudente Caton, permanecer encerrado dentro de una ciudad bien fortificada, sino que quieres impedir á los demas aprovechar una ocasion favorable para ejecutar lo que han resuelto?”

Caton leyó aquella carta y sin conmoverse le contestó:

“Estoy pronto á volver á Italia tal como llegué á

Africa. Traje conmigo diez mil hombres á fin de libraros de César atrayéndolo sobre mí.”

Pero Scipion se encogió de hombros del ofrecimiento de Caton.

Entonces este empezó á conocer la falta que habia cometido cediéndole el mando.

—Ahora veo, decia á sus amigos, que Scipion conducirá mal la guerra; mas si por un acaso inesperado llegase á ser vencedor declaro de antemano que no permaneceré en Roma para ser testigo de sus atroces venganzas.

Mientras tanto, César habia terminado sus amores con Cleopatra y embarcádose para Sicilia, donde los vientos contrarios lo habian detenido un corto tiempo. Mas para que se conociese bien su voluntad de pasar inmediatamente á Africa hizo poner su tienda á la orilla del mar, y como soplase un viento favorable y solo tuviese un pequeño número de buques, partió con tres mil infantes y algunos caballos, desembarcó sin que sus enemigos lo hubiesen visto y volvió á hacerse á la mar para saber qué habia sido del resto de su ejército, cuyo retardo lo inquietaba.

Al cabo de dos dias lo encuentra y lo conduce al campamento.

Al desembarcar en Africa se le va un pié, vacila y cae; pero se levanta en seguida, estrechando un

puñado de arena en cada una de sus manos y esclamando:

—Ah! Africa! ya te tengo!

Gracias á su presencia de ánimo, de un mal presagio habia hecho uno bueno.

Quedaba el oráculo que decia “que un Scipion seria siempre vencedor en Africa.”

Se lo recordaron á César y él contestó:

—Sí, pero el oráculo no dice que un Scipion no sea nunca vencido.

Y escogiendo entre sus soldados un hombre oscuro y despreciado, pero de la familia de los Scipiones y que se llamaba Scipion Salutio, lo nombró imperátor y lo colocó á la vanguardia del ejército, reservándose él, sin embargo, el mando supremo.

En ese estado estaban las cosas en Africa cuando llegó César.